

Salvos, siempre santos

Llegando a la primera carta de Pedro tengo que decirte que esta es una carta clasificada dentro de las Cartas Generales. Tenemos en el Nuevo Testamento las famosas cartas paulinas, escritas por Pablo, y algunas otras más, como Hebreos, Santiago, cartas de Pedro, de Juan y de Judas que son llamadas “Cartas Generales”. Se llaman también cartas universales porque van destinadas a todos los cristianos que vivían en el imperio romano, sin tocar asuntos particulares. Significa que aborda temas de interés general del cual todos necesitamos aprender.

Pedro, apóstol de Cristo, escribe esta carta muy probablemente desde Roma y en una época de persecución a los cristianos tal como podemos observar en el propio contenido de esta epístola tan importante. Esta persecución es muy probable que sea de la época de Nerón. Así que es muy razonable entender que esta carta debió haberse escrito junto a 2da Pedro, entre los años 64 hasta el 67 de la Era Cristiana.

Ya en el principio vemos que Pedro está enviando la carta “a los elegidos, extranjeros dispersos por el Ponto, Galacia, Capadocia, Asia y Bitinia, según la previsión de Dios el Padre, mediante la obra santificadora del Espíritu, para obedecer a Jesucristo y ser redimidos por su sangre”.

Pedro está enviando la carta a diversos lugares. Es una carta que va a alcanzar la región de Asia Menor, y a regiones a las que Pablo no les dio tanta atención. Es muy probable que Pablo haya evangelizado esa región cuando es orientado por Dios para ir a Europa, conforme lo que observamos que dice la Biblia en el Libro de Hechos capítulo 16. Y entonces él habla en este momento de dificultad y lucha, enfatizando ya en el comienzo que la salvación alcanzada por aquellos que sirven a Cristo fue realizada por Dios.

Observemos que ellos son llamados ‘elegidos’, escogidos, según el pre-conocimiento, y esta obra ocurre por el Espíritu, para la obediencia a Jesucristo y la aspersión de su sangre, en una referencia a la purificación que esa salvación nos trae. Es importante entender claramente lo que ocurrió.

El apóstol Pedro nos dirá que Dios y Cristo, el Dios Padre y nuestro Señor Jesucristo, deben ser alabados y bendecidos porque “Por su gran misericordia, nos ha hecho nacer de nuevo (...) para que tengamos una esperanza viva”, es decir, nos dio una nueva vida, un nuevo nacimiento en esa regeneración, “mediante la resurrección de Jesucristo”, y al nacer de nuevo, al recibir esta vida, nos volvemos herederos de Dios. Recibiremos una herencia que nunca perecerá o perderá su valor.

Esa herencia está guardada en los cielos, conforme a lo que menciona el versículo 4. Y a nosotros “el poder de Dios protege” hasta que esta salvación se revele plenamente en el día final, cuando Jesucristo sea plenamente manifestado a nosotros en su segunda y gloriosa venida.

Me da mucha alegría pues siendo salvos, perdonados, y purificados por Dios, es tiempo para estar contentos, alegres, en regocijo; es decir, jubilosos.

Y, sin embargo, sabemos que ellos están sufriendo persecución. Por eso el versículo 6 dice que ellos quizás estuviesen entristecidos a causa de la prueba. Pero aun así eso no debe entenderse como algo que está fuera del control y de la voluntad de Dios. Lo que está pasando es un momento de prueba de la fe, que en cuanto es probada y comprobada, esta fe, que es *mucho más valiosa que el oro, y que es refinada por el fuego de la verdad*, ella “demostrará que es digna de aprobación, gloria y honor cuando Jesucristo se revele.” Y esto muestra la relevancia y excelencia de esa lucha, de ese sufrimiento, que tiene total y perfecto sentido en la obra de salvación.

En verdad, Pedro quiere enseñar dónde se encaja esa salvación en ese momento tan complicado de lucha que los cristianos están enfrentando. Y esta expresión de *salvación por la fe*, realmente es por la fe. Tanto es así que el texto dice: “Ustedes aman a Jesucristo sin haberlo visto”, enfatizando que son cristianos aun cuando no conocieron a Jesús personalmente. Recuerden que Pedro sí conocía a Jesús personalmente, pero los creyentes de Bitinia, Capadocia, el Ponto y Galacia, no. Así que la certeza de lo que les escribe es de primera mano, por decirlo de algún modo.

Un poco más adelante en la lectura de esta carta dice que: “creen en él aunque ahora no lo ven, y se alegran con gozo inefable y glorioso, porque están alcanzando la meta de su fe, que es la salvación. Los profetas que hablaron de la gracia destinada a ustedes estudiaron e investigaron con detalle todo acerca de esta salvación.”

Somos salvos por Cristo, y esa salvación tan extraordinaria no es exactamente una novedad para nosotros, pues es importante resaltar que todo indica que gran parte de esta iglesia procede de un contexto cristiano. Ahora bien, eso igualmente significa que, allá en el entorno judeo romano donde radicaban, tenían conocimiento de aquello que el Antiguo Testamento enseñaba.

Quizás también la presencia de algunos judíos o personas influenciadas por el judaísmo de la época lo hacía comprensible. “Los profetas”, (*véamos lo que dice el versículo 10*), “que hablaron de la gracia destinada a ustedes, estudiaron e investigaron con detalle todo acerca de esta salvación. Ellos querían determinar a quién y a qué momento se refería el Espíritu de Cristo que estaba en ellos, cuando anunciaba de antemano los sufrimientos de Cristo y las glorias que les seguirían”.

Tanto la gloria como el sufrimiento que involucra la realidad de Cristo, y después también de la iglesia, ya estaba profetizada en la Escritura, en el Antiguo Testamento. A esos profetas se les había revelado que no se estaban sirviendo a sí mismos, sino que os servían a vosotros. Hablaban de las cosas que ahora os han anunciado los que os predicaron el evangelio por medio del Espíritu Santo enviado del cielo. Aun los mismos ángeles anhelan contemplar esas cosas”, de tan especiales y preciosas que son. Ante la realidad de la salvación, de cómo siendo cristianos la tenemos y recibimos, ¿qué es necesario hacer? Debemos hacer lo que dice la Palabra Divina: actuar con inteligencia.

La Escritura dice: Por eso, dispónganse para actuar con inteligencia. “Preparen su mente para la acción, estén atentos y pongan toda su esperanza en la gracia que recibirán cuando Jesucristo sea manifestado. Pórtense como hijos obedientes, y no sigan los dictados de sus anteriores malos deseos, de cuando vivían en la ignorancia. Al contrario, vivan una vida completamente santa, porque santo es aquel que los ha llamado. Escrito está: «Sean santos, porque yo soy santo.»” Eso último está en el versículo 16 de esta carta.

Ese es el gran punto de referencia de este capítulo. Salvos, siempre santos. Muchas personas tal vez imaginen y les guste mucho reflexionar sobre la salvación, el perdón, la vida eterna; pero eso implica el practicar una vida también dedicada a la santificación. Es decir, que vivamos apartados para el Señor; lo cual involucra un comportamiento de acuerdo con su voluntad. Es una vida ética diferenciada con una calidad particularmente específica. Como diríamos, parafraseando el texto por supuesto: vivamos con temor reverente hacia Nuestro Dios Padre.

Por ello la Biblia dice: “Si ustedes llaman «Padre» a aquel que al juzgar se fija en lo que se ha hecho, y no en quién lo hizo, vivan el resto de sus vidas en el temor de Dios. Ustedes saben que fueron rescatados de una vida sin sentido, la cual heredaron de sus padres”. Tengamos en cuenta que el precio de nuestro rescate no se pagó con cosas perecederas, aquí dice que ese “rescate no se pagó con cosas corruptibles, como el oro y la plata, sino con la sangre preciosa de Cristo, sin mancha y sin contaminación, como la de un cordero, que ya había sido destinado desde antes de que Dios creara el mundo, pero que se manifestó en estos últimos tiempos por amor a ustedes. Por él ustedes creen en Dios, que fue quien lo resucitó de los muertos y lo ha glorificado, para que ustedes tengan puesta su fe y su esperanza en Dios.”

Presta muchísima atención, Tú, conociendo a Cristo y teniendo un cambio de vida, no puedes volver a tener una vida dominada por vicios, maldades, pecados y todo tipo de comportamiento que sabes que desagrada a Dios. Observa lo que dice el texto con claridad: “Y ahora, ya que se han purificado mediante su obediencia a la verdad, para amar sinceramente a sus hermanos, ámense los unos a los otros de todo corazón, pues ustedes han nacido de nuevo, y no de una simiente perecedera, sino de una simiente imperecedera, por la palabra de Dios que vive y permanece para siempre. Porque: «Todo hombre es como la hierba, Y toda su gloria es como una flor. La hierba se seca, y la flor se marchita, pero la palabra del Señor permanece para siempre.» Y éstas son las buenas noticias que se les han anunciado.”

No vale la pena volver a lo de antes y más si estamos conscientes de lo que Jesús hizo por nosotros. Conociendo además lo breve, y corta que es la vida. Al poner todo ello en la balanza, comprendemos y apreciamos ese regalo tan maravilloso que nuestro padre Dios hizo por nosotros a través de la persona de su hijo. Comparando aquello que Cristo hizo y la realidad de que nuestra vida que es tan sencilla, tan pequeña, tan breve.

Sabemos que pronto nos marcharemos de aquí. Por tanto, es importante vivir la vida en santidad, viviendo en función de la propia eternidad. Salvos siempre santos, conforme el consejo de 1 Pedro.

Fíjate que el comienzo del capítulo 2 cierra este discurso: “Por lo tanto, desechen toda clase de maldad, todo engaño e hipocresía, envidias y toda clase de calumnia. Busquen, como los niños recién nacidos, la leche espiritual no adulterada, para que por medio de ella crezcan y sean salvos, si es que han probado ya la bondad del Señor.” La gran verdad necesaria para vivir correctamente y a plenitud nuestra vida, está estampada en la primera carta de Pedro.

A la mayoría de la gente en la iglesia le gusta mucho escuchar de la salvación, del perdón, de la justificación e incluso de la esperanza de gloria de la resurrección y nuestra futura glorificación. Sin embargo; es muy importante resaltar que además de recibir la salvación y esperar la bella y gloriosa resurrección, es necesario preocuparse y llevar muy en serio la realidad de la santificación, Es decir, debemos vivir apartados para el Señor; lo cual involucra un comportamiento de acuerdo con Su voluntad.